

PREGON EN HONOR DE NTRA. SRA. DE LA MERCED

Introito ad altare Dei...

En el nombre humilde de Nuestro Padre Jesús y su Sra. y Madre María Santísima de la Merced, perdonad quienes vestís el hábito de la vocación perpetua y quienes lleváis el terno de la devoción permanente, por el atrevimiento de quien no tiene más mérito que el de ser hermano antiguo de esta cofradía. No estoy seguro de poder cumplir con el estilo propio de quienes habeis confiado en mi este cáliz, mis palabras sonarán lejanas para los que vivís con entrega diaria a nuestra Hermandad. Juro que acepte el honroso deber de pregonar a nuestra Virgen, por pagar la deuda vieja que llevo en el bolsillo del alma, pero sabiendo que nunca he sido un buen cofrade, que nunca, por la profesión con el estudio, con el trabajo, con la familia, con otras instituciones, he podido cumplir íntegramente con el compromiso y el deber que acepte hace ya casi treinta años, cuando por primera vez vestí un habito blanco enmarcado en el rojo fajín del dolor de este barrio. Gracias, querido Pepe por tu presentación, mi poca formación en la vida de cofradías la aprendí de tí. Gracias Jesús por proponerme cumplir con este deber, en nombre de la Junta de Gobierno. Gracias hermanos y hermanas y a todos los presentes por esperar ilusionados el pregonar de este que os confesó no conocer los arcanos de un arte que sólo con fe puede mostrarse.

Quien tiene el honor de pregonar a la Virgen en sus fiestas, representa a ese grupo de cofrades que en el silencio de todo el año, se limitan a pensar en sus titulares desde la distancia, en cumplir los deberes mínimos de cuotas, papeletas de sitio, alguna que otra visita ritual y poco más. Pero no crean que es poco importante esta vinculación. Es como un cordón umbilical imperceptible que nos mantiene unidos a la fe de nuestros mayores, a nuestras tradiciones, al barrio que nos vió crecer. La vida fuera es tan diferente, tan poco ilusionante tantas veces, tan gris, tan racional y reflexiva, tan pragmática que poco a poco nos va distanciando de aquellos en que creíamos, de nuestras devociones, de todo cuanto era el mundo en que fuimos madurando. Por todo ello, cumplir con nuestra Hermandad, con la Sra. de la Merced y con Ntro. Padre Jesús Coronado de Espinas, supone, aunque sólo sea una vez al año, el asidero en el que las creencias

permanecen frente a todos y frente a todo, el momento íntimo en que nos postramos ante quienes definitivamente dan razón a nuestra vida. Mirar a sus ojos, sentir sus aromas, pensar en la eternidad inmensa con que nos contemplan, es el motivo ilusionante de renovar cada año el voto de hermandad que en su día prestamos. Por todo ello, quien les habla, necesita seguir respirando de esta vida, aunque sólo sea una vez al año.

He mirado en la memoria del recuerdo, para presentarme ante tí, Virgen nuestra, y me he encontrado a un niño con ojos de ilusión brotando en mi alma. No sabría decir lo mismo desde el corazón adulto, prefiero andar el tiempo atrás y revolver en la mente, para sentir de nuevo todo aquello que tú has representado en mi vida.

Al redoble de un tambor lejano, abandonábamos el polvo de las calles, y corriendo Poeta Solís arriba llegábamos a las murallas del Marrubial, con el patalón sucio, la manos manchadas y el corazón limpio, empujábamos entre la poca gente para abrirnos paso y pisar los adoquines que reflejaban ya el brillo de una tosca Cruz de Guía plateada. Allí los ojos negros de ilusión compartida con los amigos de juegos, nos mostraban una hilera de túnicas más o menos blancas, menos que más adecentadas, que iban dando forma a las escasas filas de nazarenos que abrían paso a la Virgen del Barrio, a la Sra. De la Merced. Mis hermanos, ya tenían el privilegio de vestir esa pobre túnica, que a mi ya me sabía a vestido de cielo, a traje de primera comunión. Qué emoción el saludo, la mirada cómplice, la envidia siempre sentida hacia quienes nos preceden en la vida. Luego la majestad sencilla del paso se acercaba entre el humo tenue de la noche que ya iniciaba su curso, el incienso, la cera, el sonido chirriante de las ruedas y la gente, poca, rodeando a una Virgen que por palio tenía todo el cielo, y por manto un límpido desnudo terciopelo rojo.

No puedo recordar si el bordado era de esta u otra calidad, a lo mejor es que no tenías bordados Madre. Tampoco recuerdo si la cera, estaba mejor alineada, a estilo sevillano, barroco clásico, neoclásico o yo que sé, si recuerdo que había velas, que ilumiban su alrededor, y quizá también recuerdo un foco de luz proyectando tu cara y borrándote las bellas sombras de la noche.

Me parece que poco te importaba entonces todo ese entramado para mirarme, para que yo sintiera por vez primera la devoción antigua de una fe verdadera. No recuerdo flores, pero sí aromas de niñez. La falsa pimienta, las yedras, las catalpas, las acacias, aquellos árboles fantasmagóricos que envolvían frente a la muralla, la dulzura de tu sonrisa, la sencillez de tu cara, y el dolor amargo por tu hijo, que no te acompañaba, y por los hijos pobres que te acompañaban desde lo más alto del barrio, desde el Zumbacón de la pobreza.

Cuando te alejabas camino del Alpargate, yo sentía que ese sería el último año que volvería a verte desde las afueras, que sería el último año que con el pantalón corto me presentaría ante tí, el próximo vestiría por fin aquella túnica de maravillosa ilusión que parecía no llegar nunca, y eso que sólo habían transcurrido seis años en mi vida. Por la noche, no podía dormir. Recordaba las imágenes vistas, las sensaciones sentidas, las oraciones dichas a borbotones, el caminar de mis hermanos, y entre estos vagos recuerdos afinaba el oído, para escuchar la puerta de casa abrirse. Algo después de medianoche, aparecían cansados mis hermanos, con el capirote vuelto, la túnica manchada de cera, un trozo de vela como triunfo, como sagrado Grial, como prueba de haber cumplido el ritual, y abandonando todo, se tumbaban en la cama, con los ojos abiertos, todavía brillantes de haber pisado las calles principales de la ciudad. Entonces yo les preguntaba sobre mil cosas. Cómo había ido todo, qué decía la gente al ver la Virgen, cómo estaban las Tendillas, cuánta gente había, qué era la carrera oficial, para qué estaba la tribuna, en fin, preguntas de niño que imaginaba la procesión como la presentación de nuestro barrio, de nuestra gente, de nuestras miserias y alegrías, de nuestra Madre y Sra. a todo el pueblo de Córdoba. Así lo imaginaba yo y así he creído siempre que cumplíamos parte de nuestra oración pública y de nuestra profesión de fe.

Pasaron los meses rápidos, pero no tanto como ahora, en donde el tiempo no es ya nuestro aliado que permite retrasar suavemente la llegada de las ilusiones, sino el cruel martillo que va agudizando nuestro paso por la tierra. Por fin con apenas siete años, mi hermano mayor me cedió su lugar en la Hermandad y el derecho sobre la túnica. No había túnicas nuevas, no había hermanos nuevos, no había casi nada nuevo, así que sólo podría salir si él renunciaba y, supongo, que entonces ya mi ilusión era mayor que la suya, siempre creo que ha sido así, y dando gusto a esos anhelos me cedió hasta su nombre, porque hasta hace sólo algunos años, todavía

aparecía en los registros llamándome Francisco, claro que eso parece ser que es un sino que me persigue en mi Hermandad, porque habrán comprobado que tampoco soy mi hermano Juan a quien no sé si por error o porque la Virgen ha querido que así sea, representan también en cierto modo estas palabras y vivencias de un pasado de amor hacia ella. Aquella noche de un marzo antiguo, encamine mis pasos de la mano de Juan y subimos San Acisclo arriba en busca del templo en el que un día el añorado Padre Manuel me hizo hermano de Cristo con el bautismo y desde entonces vuestro. Entramos en la Iglesia y allí había un murmullo que se adivinaba entre la oscuridad. Una puerta abierta en el lateral del templo dejaba salir una luz pobre, amarillenta, que desenfocaba las caras de quienes ya hacían cola, esperando nerviosos el momento de traspasar el umbral de aquella puerta. La oscuridad inmensa del resto del templo me daba miedo, pero mis ojos se afilaban buscando en cada rincón no sé bien qué. De pronto en una esquina vi un Señor de rodillas con las manos atadas a una caña, su cara de misericordia, recordaba vagamente los Cristos que hoy sé son góticos, entonces sólo sabía que su expresión era de otro tiempo. Me gustaba desde siempre mirar a la cara fijamente las imágenes, para dejar que una bruma rodease sus facciones, así lo hice y creí ver que me veía, probablemente fue así. Luego volví al sentido de la fila, mi hermano estaba pendiente del orden y por fin pudimos atravesar aquella barrera, para entrar en la luz. El primer sentimiento que recuerdo y que ya siempre quedaría indeleblemente fijado en mi memoria, fue el olor intenso de la humedad del cartón viejo de las cajas que allí se acumulaban. Ese olor tan característico iba a ser desde entonces el primer símbolo del reencuentro con la túnica. Con mi papel en la mano, mi caja de cartón, y asido a mi hermano Juan abandonamos el templo, aunque antes, en otro rincón había imaginado la silueta de tí Madre y Sra., y entonces nos detuvimos un momento para mirarte. Mi hermano me explicaba detalles que ahora no recuerdo, pero tu belleza serena desdibujada en la aplastante oscuridad acompañaría nuestro regreso a casa. Las calles solas, el campo abierto, el matorral, los sonidos de la noche, la rojiza ladera ennegrecida por los lindes de la oscuridad sobre la que se alzaba el Pedro Barbudo, los jardines tenebrosos de don Luis Merino... y los dos con los demás amigos del barrio, volvíamos comentando las ilusiones que pronto iban a brotar de nuevo, en una Semana Santa de 1970 que ya próxima estaba.

Los días corrían, nos acercábamos de vez en cuando al viejo cocherón que ahora se cubría con una enorme lona que protegía el carruaje, más parecido a un tractor, que al Ara en el que

debía pasear nuestra Sra. El engrasado, el montaje de tablas, la austeridad casi insultante, iba tomando la forma de un altar dignísimo en el que se posaría la reina del Lunes Santo, el día en que por fin para nosotros aparecía exultante, radiante, luminosa, la madre del Zumbacón. Esa mañana, la luz explotaba con la inusitada fuerza que sólo los Lunes de la Semana Mayor son capaces de encender. Bueno, cuando San Pedro lo permite. Entonces subía al dormitorio y allí sobre la cama, perfectamente delineados sus bordes, maravillosamente cuidados sus pliegues, aparecía mi túnica, que con todo el cariño mi madre había cuidado como si yo fuese el penitente principal, el cofrade que recibiría todas las miradas, la dulzura en los ojos cuando poco a poco me ayudaba a vestir el hábito, el aroma limpio de la tela recién planchada, la delicada suavidad del fajín apretando sobre mi cintura, iban generando en mi interior un gozoso pellizco, un nervioso deseo de correr calle arriba para llegar al templo. La ilusión de cada momento así vivido la recuerdo como si fuera el día más feliz de cada vida, el niño que vivía ilusionado por las cosas pequeñas que su madre había hecho grandes, hacía la plegaria de amor más grande a ella y a su Virgen, y con las dos tomaba el capirote esperando ver por fin cumplido su sueño.

La estación de penitencia era entonces corta, cuando menos me daba cuenta estábamos atravesando bajo el arco de la Torre de la Malmuerta, se abría ante nosotros la enorme recta final que nos llevaba en soledad, en cansado alboroto, en desorden penitente, hacía San Antonio. Cumplida la ilusión parece quedar un vacío en el estómago, pero en cierto modo comprendía que había empezado una relación de amor ritual, de cumplimiento sagrado que ya no rompería, y sabía que mi fe, que tanto habría de sufrir, quedaba prendida de ella, de sus lágrimas de pobreza, de su amarga serenidad y de su amor redentor. El fin último de tu advocación era, porque San Pedro Nolasco así lo quiso, desde 1218, la Misericordia, la Gracia, la Merced, y finalmente la redención de los cautivos. Otrora cautivos de guerras de fe, encerrados en tierra extraña, en el Orán impenitente, en tierras de infieles, en las memorias de mil batallas de religión. Ahora tu redención fue la de los Justos, la de las Marías Magdalenas que habitaban en el barrio, la de las hambres antiguas que tu sanastes en estas calles, la de las llagas de miseria que fuiste curando en estos barrios. María de la Merced tu viste el hambre de la guerra, de los caínes que vinieron a vivir a estos lares, y poco a poco les diste vida, perdón y amor. Tu redención en nuestros días es la de los presos de la miseria en todos los mundos, la de las soledades de estas inmensas urbes axfisiantes, las del Timor Oriental, las del Barrio de las Palmeras, las del Kosovo, las de la calle

Torremolinos, las de nuestros egoísmos, las de todos los condenados por leyes injustas. Ese día, al final del recorrido penitencial, cuando depositaba la caña en la que sólo quedaba un pequeño resto de vela, ya sabía que tu eras la Virgen de los presos, y no sé exactamente por qué aquello me pareció una novedad. ¿También había Dios para los presos? ¿También había Virgen para los pobres?

Cuando uno dedica su vida a estudiar los años escapan de entre las manos como el romero del sol. Y así, año a año, creciendo, vi cambiar mi barrio, mis gentes, mis calles, mi Hermandad. Rafael, nuestro inolvidable y perpetuo Hermano Mayor había tomado las riendas de un caballo que parecía desbocarse por la rápida empresa que iba cumpliendo con la Hermandad, pero que en realidad iba ofreciendo a cada mes una oración de amor nueva, en forma de palio, de varal, de manto, de flor, de cera... Con apenas dieciséis años, diez después de mi primera estación de penitencia, decidí coger el costal y empezar una relación nueva bajo la mesa. Ahora renunciaba al exterior para sentirte sobre mis hombros. No relataré al detalle las experiencias, todas gratas, de aquella primera vez, imagino que aquí ya habrán sido glosadas más brillantemente por otros hermanos que experimentaron idénticos sentimientos. Pero no puedo olvidar, aquellos ensayos en el mes de... ¡Octubre! A quién se le diga. Tan pronto, nos batíamos las noches de los viernes. Entregados a unos encuentros que se repetían semana tras semana y que iban generando no sólo estilo o técnica, eso iba de suyo, sino confraternidad, armonía, hermandad, colaboración, todo bajo la batuta serena pero firme de Pepe Fernández, mi capataz. Sería ocioso tratar de reproducir todos sus méritos, sólo apuntaré algunos: amor inmenso a nuestra Sra. y pasión por la sobriedad, por el compañerismo, por la austeridad barroca y por el silencio musical de la bella blanca Sra. del lunes Santo. Qué poco de bulla, qué mucho de oración, de clavel sencillo, de saeta tenue sobre la marcha, de oscuridad y de farol, de esquina justa pero sin estridencias, de varal cimbreante en su equilibrio, de pies juntos, de cintura quieta, de silencio y rezo. La Merced en la calle, es el andar que él amorosamente ha ido derramando en todos estos años.

Fuimos haciéndonos mayores bajo la trabajadera, ajustando el cuello del dolor sólo para Ella. Qué bello sacrificio en la tarde, cuando todos los riñoñes eran parejos. Qué sufrimiento

inmenso cuando el alivio iba haciendo mella entre los palos. Cuerpos arrugados que oraban en la miseria de lamentos desgarrados. Aún recuerdo ejemplos imborrables. La fe inalterable de Manolo, la oración interminable de Manuel Jesús. No he conocido mejores costaleros, mejores hijos que estos que sacrificaban en silencio cualquier lamento. De ellos también aprendí la humildad del rezo en silencio. Y así, poco a poco, chicotá a chicotá, obtuve la responsabilidad de una pata, la izquierda, el destino siempre juega conmigo. Amarrado al frío metal ajustaba las órdenes de mi capataz. El esparto negro se deshacía en cada giro, en cada movimiento, en cada plegaria lanzada al cielo. Y así, debía ser. Tú, Madre mía, ya habías tejido tus deseos. En mi camino se cruzó, la mujer de mi vida, la sombra que empezaba a sufrir conmigo cada movimiento. Y verán porque les digo esto. Mi padre era tendero de la calle San Acisclo. Así que mi tradición no era la del gremio. De otra parte en el bachiller no había sido precisamente un modelo de buen estudiante. Y un buen día la compañera que me diste, empezó a enderezar mi sendero. Cuando inicié los estudios de leyes, mi pasado no era nada alagüeño. Y entre Códigos y normas, el Derecho que afirma nuestras vidas se fue haciendo a cada momento más y más entendible en mi sesera. Pasaban los cursos, y todos veían en mi cierta habilidad para artículos, boletines, sentencias y peroratas de juristas viejos y nuevos. Confieso que sufría, que las leyes se hacían interminables, pero sin saber bien cómo, iban entrando en mi acerbo. Entonces, al cabo de algún tiempo, comprendí que alguien ayudaba a este torpe leguleyo. No era posible, que en mi anidara tal fuerza de voluntad, es verdad que mi mujer apoyaba cada estudio, pero yo sentía que otra fuerza más constante me empujaba entre las letras. Madre mía de la Merced, tú me diste el aliento necesario: jamás tuve un resbalón en la carrera. El Derecho, bien sabéis era ciencia de familias de raigambre. Nosotros los de este barrio, teníamos la condena del obrero, desempeñar un trabajo manual y agradecer a Dios cada pedazo de pan. Y, sin embargo, volé en los estudios como nadie hubiera apostado por este trotón corcel. Honores, premios, doctorados adornaron mi pobre sabiduría, y un buen día por fin logré ser funcionario al servicio del Estado. Miraba tu foto en silencio, sabía que tú Madre de los que sufren el rigor del Derecho, habías puesto en tu pobre costalero los conocimientos que nadie jamás hubiera dado. Fundé una familia, trabajé sin descanso, y al fin, un hijo de tus humildes hermanos, sin renombre, sin otro patrimonio que su mente y su trabajo, mereció de sus alumnos, de sus compañeros, de otros que ostentaban hidalgos apellidos dignos del foro más elevado, la condición de Decano. Por vez primera, el guía del lugar donde se gestan las leyes, la política, las sentencias, los informes, y todo ese entramado, era el

hijo de un sencillo tendero de la calle de más abajo. Juro por Dios sacramentado que jamás pude pensar en ese alto estrado. ¿Es falsa modestia?, ¿Acaso petulancia vana? Os confieso que no. Ahora escribiendo estas líneas en una noche cualquiera del mes de agosto, he comprendido que mi Madre y Sra. había esperado en este humilde siervo, la oportunidad de hacer profesión de fe en el mundo del Derecho. Miro los meses pasados revestido de este oficio, y comprendo que yo, que nunca fui moderado, que no pertenezco a las sagas de otro Derecho pasado, he conseguido que los discípulos de las aulas del Derecho, se sientan servidores de los ciudadanos, que piensen en la justicia por encima de prebendas y otros estados, que humildemente se acercan a la ciencia que preside todos nuestros pasos. Cuantas veces en la soledad del despacho, cuando no hay nadie a quien pedir consejo, miro tu foto y la de tu hijo vilmente coronado. Tú lo aprendí cuando estudié la Orden de los Mercedarios, eres la madre de todos los desheredados. Qué mejor servicio que aplicar el derecho para darles amparo. Tus ojos me han mirado tantas veces desde la oscuridad de nuestras calles, tu paciencia infinita ha comprendido a cada momento cada uno de mis desmayos, que me otorgaste el amor de una mujer que siempre afirmó mi paso fuera de las luces del estrado. Ella ha sido como tu, silente, humilde, paciente, sencilla. Y en ella, la mujer de mi vida, en esta noche septembrina miro todos tus encantos.

Este canto de ofrenda de todo lo que he alcanzado iba coronado cada paso sentido a tu lado. Cuantas veces renegé del dolor en el costado. Y que miserable precio por todo lo que me has dado. Hace unos años, me vi postrado en una cama. Mi espalda estaba quebrada. La inconsciencia de tantos Lunes Santos olvidando apretar aquella faja negra, había al fin de pasar factura. Cuando lloraba en silencio la imposibilidad de poder dar un paso, pensaba en todas aquellas levantás, y a veces, confieso que renegé. Pero Madre, tú sabes el dolor que me impedía.

Ahora en el silencio estrellado de mi madurez, puedo recordar aquel año en que el amor de Buiza desfiló por vez primera entre la devoción de tu pueblo. Cómo olvidar aquella lluvia traidora que sesgaba el cuerpo de tu hijo. Cómo olvidar el amor de Rafael acunando a Nuestro Padre entre su capa. Era una prueba más de humildad. Nunca hemos sido hijos de la ostentación. Tú nos recordaste todos los años sin nuestro Padre en un momento. Ni siquiera Claudio Marcelo pudo contemplar la maravilla de ese dolor eterno. Después, en el silencio de Nisán, cuando la noche despejó toda sombra, apareciste tú entre oscuros plásticos que desdibujaban tus lágrimas.

Más tarde, cuando la luna brilló más intensamente regresamos sin cohorte, sin escapularios, sin varas, ni incensarios. Qué bella soledad de un hijo y una madre, qué bello movimiento de una noche inolvidable. Jamás, la cuadrilla volvería tan fresca a su templo, pero esa noche la oración de reogida nos dió alas para portar tu cuerpo.

Más años volaron, más ilusiones, más sentimientos. Al fin en 1991 después de llegar al templo, decidí que ya no tenía más fuerzas para seguir llevando tu sentimiento. Abatido, hundido en la miseria del cansancio, después de beber el trago inmerecido, pensé que mi oración había terminado. Te abandoné. Es verdad. Pensé que gente nueva debía asumir el compromiso. A mí me faltaban las fuerzas. Al llegar a casa, guardé el costal, sabiendo que era la última vez que te lo ofrecería. No creas que no sentí dolor. Pero mi miserable condición humana había decidido poner final a este servicio. Luego vendría la anhelada Madrugada. Os confieso que yo también aposté por la innovación. Ese Lunes Santo vistió amargura. Era la primera vez que contemplaba a todas las cofradías de ese día. ¿Me sentí feliz? No. Toda una vida sabiendo que ese día era para tí, aparecía vacío, después de haber pujado por una noche que no era tuya, ni nuestra. Sólo un gesto vino a compensar aquel error. Por vez primera mi hijo mayor vestía el hábito de tus plegarias. La emoción incontenida de su cara, el cariño amoroso de su madre vistiéndolo, y el cuidado de siempre de su abuela mimando la túnica, compesaron aquella imcomprensible noche. Estabas bella en la noche más eterna. Vestías de gala como sólo tus camareras saben componerte. Alumbrabas el sufrimiento de todos los desprecios arrojados sobre Jesús. El Colodro era fe interminable. La soledad de las Tendillas tuvo su encanto. La calle Deanes fue esplendorosa. El tenue amanecer entre los naranjos del patio de abluciones era indescriptible. Tu caminar silente entre los arcos del Templo más sagrado fue el marco tantas veces deseado. Tu furia incontenible en la calle Feria era la oración del huerto amado. Pero esa no era tu noche. Mis emociones contemplando la faz ilusionada de mi hijo, me decían, que después de todo tu eras la reina del Lunes Santo. De todos los Lunes Santos de mi infancia, de todas mis emociones ya perdidas. Eras tú. Pero las calles no eran las tuyas. La luz, bellísima de la noche y del amanecer eran para otros, yo también me había equivocado.

No quiero abrir heridas. Sólo abro mis sentimientos. Comprended que fueron tantos años viendo un mismo semblante arropado por unas mismas luces. Unas mismas calles contemplando su paso, que las soledades enormes me agrietaban el corazón. Es verdad que el alba dió a tus

lágrimas brillos irrepetibles, es verdad que el abandono de Córdoba en los primeros pasos del Viernes Santo ofreció encantos imborrables. Pero si algo es consustancial a mi Hermandad, y en general a todas las Cofradías, es la tradición, la costumbre transmitida de padres a hijos, la constancia en unos mismos sentimientos abrigados por un mismo paisaje. Y eso tú, Madre, lo habías perdido.

La cordura y el amor tienen un mismo origen: el corazón. Qué puedo decir entonces, cuando de nuevo volví a ver tus luces acamuesadas por el dorado sol de una tarde de Lunes Santo. Y ese, volvió a ser especial. Mi hija también te acompañaba ahora de la mano de hijo mayor. Y los hijos de mis hermanos que relumbraban entre el paño que Zurbarán nos legó. Carretera de Almadén inundada de gentíos. Luz inmisericorde de un sol de justicia. Filas de nuevo nutridas de los vecinos de tu amor. Qué emoción volver a verte, como siempre, como cuando era niño, como cuando tu me entregaste todo tu corazón. Calle abajo, Caravaca, enorme de ilusiones, preñada de vidas nuevas. Ya no era el barrio de los pobres, ya no había Marías Magdalenas, ya no había justos y pecadores vendiendo en almoneda sus miserias y sus tratos entre barro y desazón. Ese día miré los ojos limpios de mis hijos y me vi apretado en sus entrañas. Desde las aceras, prietas las manos con mi amor de siempre, recé en silencio. Di gracias a Dios, porque esas gentes iban puras, renovadas con el esfuerzo de años de trabajo. Tú sabes que muchos de los que allí te veneran, vinieron de pueblos lejanos, buscaron su fortaleza en la vida, y día a día hicieron dignas casas que son altares de tu nombre, aunque no lo sepan. Tú sabes que has iluminado no sólo nuestros corazones, no sólo el alma de los condenados, tú también has dado pan a los que no tenían, amor a los que no sentían, vestido a los desnudos, compasión a los errantes. Madre mía de la Merced, en tu día, una miserable oración se derrama ante tus piés. Ilumina nuestras sombras, acompaña nuestras soledades, recoge el dolor de los que sufren la injusticia hija del hombre, serena el sufrimiento de tu hijo, muestranos la bondad de tu belleza, siega los odios permanentes, vigila por los temerosos, acaricia a los insensibles, redime a los condenados de toda pena. Amanos en la humildad de tu esperanza. Perdona la oración que ahora te imploro. Nacida de los tiempos, y las vidas. Gestada en los silencios más oscuros del alma, en los dolores más intensos de las dudas, de las aflicciones, de las caídas. Sean para ti mis pobres versos el pórtico del día en que todo lo iluminas:

Reina de blanco sudario,
Amor de los renegados,
Consuelo de los abandonados
Fe de los racionalistas.
Que tus lagrimas recojan mi amargura
Que tus ojos derramen tu dulzura
Que tus manos acojan las espinas
de las miserias que hemos derramado.
Que tu boca serene la miseria
de todos los condenados.
Madre mía de la Merced
que mi vida sea plegaria de fe.

Córdoba, madrugada del 12 de septiembre de 1999.

Tu humilde hijo Manuel Torres Aguilar

Ite Praegonium est.